

Una vez más el P. Bandera interpela la conciencia teológica sobre temas bien actuales, con el empeño que le es característico. Dos sugerencias: sería interesante un tratamiento específico del sacerdocio común en la mujer; y también una explicación de por qué se dice en el Vaticano II que el diaconado está destinado «no al sacerdocio sino al ministerio» (LG 29, cfr. CD 15).

R. Pellitero

Marie-Emile BOISMARD, *Faut-il encore parler de «résurrection»?*, Ed. du Cerf, Paris 1995, 178 pp., 14,5 x 23,5, ISBN 2-204-05204-3.

Marie-Emile Boismard, dominico, que fue profesor de S. Escritura en la Ecole biblique de Jerusalén y en la Universidad de Friburgo (Suiza), ofrece este estudio (o re-estudio) de datos bíblicos en torno a la fe en la resurrección. El autor, en su bosquejo de la Biblia, detecta en dos corrientes escatológicas, opuestas entre sí:

1) La primera, que se expresaba en libros como Daniel, 2 Macabeos, y las primeras cartas de S. Pablo, estaba configurada por la mentalidad semítica, que concebía fuertemente al hombre como unidad ontológica. Se resistía a hacer una distinción nítida entre alma y cuerpo, y consideraba que en la muerte todo el hombre muere. Por consiguiente, cifraba su esperanza en términos de «resurrección», la reconstitución de todo el hombre vivo en el último día.

2) La segunda corriente, influida por la concepción platónica, pensaba más bien en términos de un alma inmortal, presente en el cuerpo pero distinta de éste. Tal concepción, proveniente del mundo helénico, es corregida en los libros sagrados de dos mane-

ras: Sabiduría, p. ej., afirma que cuando muere el justo, su alma desciende al Hades y espera allí hasta el día en que Dios le libere y le coloque junto a sí (como alma); no hay propiamente esperanza de recuperar el cuerpo. En cambio, 2 Corintios afirma que cuando fallece el individuo, su alma va a unirse con Cristo, y que esa unión proporciona lo que podría llamarse un «cuerpo» de naturaleza «celestial».

Según el autor, probablemente fue esta última vía la que Cristo adoptó, y la que en consecuencia hay que exponer. El alma del difunto es glorificada por el Espíritu del Señor, y se reviste de una especie de «cuerpo celestial», que sería como la impronta en el alma del cuerpo utilizado en la vida terrenal y finalmente abandonado a las puertas de la muerte. Desde esta perspectiva, no hay que esperar al último día para tal «glorificación».

El término «resurrección» concuerda —concluye Boismard— sólo con la primera corriente escatológica, de corte semítico, y no con la segunda, perspectiva que fue la que adoptó Cristo al predicar. El autor recomienda dejar de usar la palabra «resurrección», ya que puede prestarse a malentendidos, al sugerir una conexión con un cuerpo en el sepulcro que sería reasumido en el último día. Tal vez pueda seguir utilizándose, dice Boismard, si se entiende por «resurrección» sólo este mensaje nuclear: que la muerte, gracias a la salvación, no tiene la última palabra sobre nosotros.

A la obra de Boismard cabe hacer dos observaciones:

1) Los pasajes escriturísticos que elige y analiza son los lugares que han sido extensamente estudiados por exégetas; sobre esos lugares bíblicos ha habido notables divergencias de inter-

pretación (p. ej., entre la línea que arranca desde K. Barth —atemporalismo *post mortem*— y la línea contraria). La interpretación que ofrece Boismard no es la sostenida por la mayoría de los exégetas católicos.

2) La propuesta de Boismard no parece tener muy en cuenta el principio de analogía bíblica, según la cual los libros sagrados, por tener a Dios como inspirador, poseen una unidad que trasciende las diferencias de formulación por parte de los autores humanos. Según este principio, las diversas maneras de exponer los misterios deben ser consideradas más complementarias que excluyentes. Nos parece que tal principio, aplicado convenientemente a los pasajes vetero- y neo-testamentarios sobre la resurrección, permite armonizar razonablemente los pasajes que Boismard ve como excluyentes. Se pueden salvar de esta forma dos datos fundamentales de la revelación sobre el hombre: su unidad ontológica, y la pervivencia *post mortem* de su núcleo espiritual personal.

J. Alviar

Nicola CIOLA, *Teología trinitaria: storia, metodo, prospettive*, Dehoniane, Bologna, 360 pp., 14 x 21,7, ISBN 88-010-40542-0.

En este libro, interesante y utilísimo, Ciola se propone dos objetivos que mutuamente se complementan: introducir en el conocimiento de la historia, del método y de las características epistemológicas del tratado sobre la Trinidad, y presentar una síntesis de las diversas perspectivas con que se aborda la teología trinitaria en el pensamiento contemporáneo. El libro finaliza con un apéndice de textos traducidos al italiano de autores tan diversos como M.

Buber, algunos Santos Padres como San Ireneo, San Atanasio, San Gregorio de Nisa o San Agustín, los autores más notables del medioevo, San Buenaventura y Santo Tomás de Aquino entre ellos, autores espirituales como San Francisco de Asís, Santa Catalina, Bérulle, Edith Stein o Isabel de la Trinidad, y teólogos de nuestro siglo como K. Barth, K. Rahner, Th. Spidlik, von Balthasar, Gustavo Gutiérrez, Marcello Bordonni o Bruno Forte, y orientales como S. Bulgàkov y V. Lossky.

El primer capítulo —*Del olvido al descubrimiento del pensamiento trinitario*—, destaca unos hechos sobre los que hay un acuerdo general entre los teólogos. En los últimos siglos se ha dado una especie de «afasia trinitaria» en el ámbito teológico y grandes ámbitos de la sociedad y del pensar filosófico expresan un menosprecio notable en torno a la cuestión sobre Dios, hasta el punto de que el pensar sobre Dios se estima como algo irrelevante.

Comparto con el A. la convicción de que el redescubrimiento de la teología trinitaria —lo que Bruno Forte llamaría la vuelta a la *patria trinitaria*— no sólo rejuvenece y centra el quehacer teológico, sino que es probablemente la forma más adecuada para salir al paso convincentemente de las agresiones que plantea al cristianismo el ateísmo contemporáneo. Más allá de un *teísmo* filosófico difícilmente creíble en la situación actual, se encuentra la presentación sincera y completa de la verdad sobre el Dios que se ha revelado en Cristo. Volver a utilizar el lenguaje y los conceptos de la Escritura, sin miedo a hablar del misterio de trinitario, es el camino más seguro para responder a un ateísmo que, en tantos casos, es fundamentalmente cansancio y falta de interés.